

El héroe revolucionario desmitificado en *Los relámpagos de agosto*

The Demystified Revolutionary Hero in Los relámpagos de agosto

O herói revolucionário desmistificado em The Lightning of August

Mayra Margarito Gaspar

Universidad de Guadalajara, México

mayram_g@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-1743-6700>

Resumen

Los héroes nacionales son personajes míticos en los que se busca encarnar los valores y las actitudes que sirven como ejemplo de grandeza, de humanidad y de patriotismo. La heroicidad no puede ser una característica de cualquier individuo, sino solo de quienes posean las cualidades necesarias para guiar a todo un pueblo hacia los ideales humanos más elevados, tales como la libertad o la igualdad. Debido a esto, es común que la historia oficial presente a los héroes nacionales como seres llenos de virtudes y omita las características que considere inconvenientes. En su obra narrativa, Jorge Ibarguengoitia critica esta depuración de los héroes y utiliza la literatura para convertir a las figuras históricas en personajes complejos. Desde esta perspectiva, se ha analizado la novela *Los relámpagos de agosto* para observar cómo se desmitifica y reconstruye el carácter de uno de los principales personajes de la historia de México: el caudillo revolucionario, representado por Don José Guadalupe Arroyo, protagonista del relato.

Palabras clave: desmitificación, héroe, Ibarguengoitia, mito, novela histórica.

Abstract

National heroes are mythical characters in whom we find an example of the values and attitudes that represent the grandeur, the humanity and the patriotism that every citizen should follow. Heroism cannot be an attribute of any individual; only those who have the needed qualities to guide a whole country to the highest human ideals, such as freedom or equality, are meant to be leaders. Therefore, it is common that official history portrays national heroes full of virtues, omitting those descriptions that are considered undesirable. On his narrative work, Ibargüengoitia is very critical about this cleansing their temperament, so he uses the literature to convert historical figures into complex beings. From this perspective, the novel *Los relámpagos de agosto* has been analyzed to observe how its author changes the myth and rebuild the character of one of the most important protagonists of Mexican history: the caudillo pro-revolution, represented by Don José Guadalupe Arroyo, the main character of the story.

Keywords: demystification, hero, Ibargüengoitia, myth, historical novel.

Resumo

Os heróis nacionais são personagens míticos que buscam incorporar os valores e atitudes que servem como exemplo de grandeza, humanidade e patriotismo. Heroísmo não pode ser uma característica de qualquer indivíduo, mas apenas aqueles que possuem a necessária para liderar todo um povo para o superior, tais como a liberdade ou igualdade qualidades ideais humanos. Por isso, é comum a história oficial apresentar os heróis nacionais como seres cheios de virtudes e omitir as características que consideram inconvenientes. Em sua obra narrativa, Jorge Ibargüengoitia critica essa purificação de heróis e usa a literatura para transformar figuras históricas em personagens complexos. A partir desta perspectiva, analisamos o romance *The Lightning de agosto* para ver como ele desmistifica e reconstrói o caráter de um dos personagens principais da história do México: o líder revolucionário, representado por Don Jose Guadalupe Arroyo, protagonista da história.

Palavras-chave: desmistificação, herói, Ibargüengoitia, mito, romance histórico.

Introducción

La historia oficial presenta a los héroes como seres llenos de virtudes. Su intervención en la vida nacional es consecuencia de su innato interés por el bienestar común y de su natural inclinación hacia la libertad y la justicia. De tal modo, el héroe se presenta como un ser mítico que encarna ciertos valores y actitudes que lo convierten en un ejemplo de grandeza, de humanidad y de patriotismo. La mitificación de los personajes que intervienen en momentos cruciales de la historia de un país exige que se omitan los aspectos de su personalidad que se consideren inconvenientes o contrarios a esta imagen de rectitud. Dicha elaboración del carácter heroico es lo que Carrera (2003) ha denominado como la “personalidad podada” de los héroes, esto es, la reconstrucción de su vida para que sean merecedores de la gloria, quitándoles todos los defectos humanos que posean y dotándolos de las cualidades necesarias para guiar a todo un pueblo hacia los ideales humanos más elevados, tales como la libertad o la igualdad.

Jorge Ibargüengoitia critica esta estrategia para la construcción del carácter heroico, pues considera que la personalidad podada transforma a los personajes en estatuas listas para “subirse en el pedestal”. Los personajes históricos, al convertirse oficialmente en héroes, se presentan como hombres modelo que “adoptan una trayectoria que los lleva derecho al paredón, y adquieren un rasgo físico que hace inconfundible su figura: una calva, una levita, un paliacate, bigotes y sombrero ancho, un brazo de menos” (Ibargüengoitia, 1990, p. 34). Desde el punto de vista de este escritor guanajuatense, al suprimirse las debilidades y defectos de los héroes, se les convierte en estereotipos, en efigies estáticas que han perdido sus rasgos más interesantes. Así, en *Los relámpagos de agosto*, Ibargüengoitia decide presentarnos a un caudillo revolucionario con características y motivaciones que distan del maniqueísmo oficial, a través de la figura de José Guadalupe Arroyo.

Referente teórico-metodológico

Reyero (2003) ha observado que, como influencia de la tradición cristiana, la historia oficial presenta relatos maniqueos con héroes y villanos con personalidades estáticas que siempre realizan acciones acordes a su función. Así, como consecuencia de este vínculo entre el mito religioso y el nacional, el héroe es personificado como un salvador mítico, como un hombre justo que representa los valores ideales de una nación (Carrera, 2003).

Los protagonistas de la historia nacional se muestran frecuentemente con un estatus cercano a lo divino. Se establece, de este modo, una analogía entre la heroicidad y la divinidad: una figura heroica logra la gloria al luchar por los ideales que conformarán una nación, del mismo modo como los santos arriban a la virtud mediante el sacrificio y la defensa de sus creencias en Dios. En estos valores y la responsabilidad que ellos implican, encontramos la explicación de su rebeldía ante un mundo lleno de injusticias, desigualdades y peligros que debe enfrentar a favor del bien común.

A pesar de su relación con la divinidad, el héroe no es un ser creador; su rol consiste en reconstruir, en renovar a partir del caos (Siemens, 1997, p. 87). Su vida se expone como una serie de situaciones que lo encaminan a cumplir esas acciones para las que estaba predestinado. De esta manera, para constituirse en un personaje heroico, deben cumplirse dos funciones fundamentales: una función simbólica, que lo convierte en un representante modelo del pueblo, y una función mesiánica, que le permite imponer el orden en una realidad trastornada (Siemens, 1997).

La función simbólica refiere a que la personificación del héroe resalta ciertas cualidades y valores para caracterizarlo en un prototipo social, lo que le permite constituirse en un símbolo de su pueblo, en un representante de su nación y de los ideales que se pretenden alcanzar (Siemens, 1997, p. 202). Como símbolo rebasa su condición humana individual a favor de una representación nacional, por lo que sus acciones no deben ser entendidas únicamente en su forma literal, sino que también deben buscarse las implicaciones que subyacen a ellas. Al caracterizar al héroe como un ser lleno de virtudes no solo lo convertimos en un hombre modelo, sino también en la aspiración de sus compatriotas, quienes admiran sus cualidades y buscan seguir su ejemplo.

La función mesiánica se instituye en el sacrificio al que el héroe se somete por voluntad propia para salvar —literalmente o metafóricamente— al otro. Los protagonistas de la historia nacional son siempre personajes de acción que anteponen las necesidades de la sociedad a las propias. Como consecuencia de su carácter mítico, el héroe —al igual que los dioses y otros seres sobrenaturales— se deslinda del mundo cotidiano (Eliade, 1991), y se convierte en un ejemplo de virtud, cercano a lo divino. Si el héroe, siendo un hombre justo e íntegro, participa en una lucha armada es solo para asegurar la justicia y la libertad que han sido violentadas por algún suceso o un opresor.

Las funciones simbólica y mesiánica forman parte del carácter mítico de los héroes; de manera que se constituyen como elementos irrevocables de la historia, cuya llegada y participación pareciera no necesitar explicación. Rank (1993) afirma que para construir un mito debemos remontarnos a sus orígenes; por esto, la presentación del héroe siempre remite a su infancia.

La elaboración de un personaje mítico debe sustentarse en el pasado —en la infancia y la juventud, los fundamentos para la formación de un carácter íntegro. Es por esto por lo que es común observar que las biografías de los héroes marcan las cualidades y los logros obtenidos desde los primeros años de vida del personaje. Por el contrario, el antihéroe —cuyo principal exponente es el pícaro— se distingue por pertenecer a un bajo nivel social abiertamente marginado, por lo cual debe recurrir a engaños y astucias para sobrevivir en condiciones siempre desfavorables (Zamora, 1962).

El personaje heroico se localiza en un nivel distinto al resto de la humanidad debido a su mérito moral y, en ocasiones, a su fortaleza física. Su superioridad lo lleva a desarrollar un compromiso para hacia con los otros hombres, de ayudarlos, de protegerlos, de salvarlos. Por esto, Carlyle (2012) señala que la historia presenta a sus protagonistas como figuras, como sombras incomprensibles, no como hombres verosímiles. De esta manera, el autor manifiesta la necesidad de presentarnos un relato histórico más crítico.

Krauze (2010) también considera a la historia como una “construcción imaginaria del pasado”; sin embargo, reconoce que este constructo identitario promueve la conformación cultural de una nación, “aunque la verdad histórica desmitifique la ‘historia de bronce’ y la teología revolucionaria” (Krauze, 2010, p. 16). La obra de Ibargiengoitia no pretende

presentarse como una verdad histórica. *Los relámpagos de agosto*, más bien, busca desmitificar a esos héroes que han constituido la “teología revolucionaria” mediante la reconfiguración de la naturaleza heroica para caracterizarlos como personajes complejos. Por otro lado, también establece una deconstrucción de las funciones heroicas para presentar acciones contradictorias y confusas, acordes con el relato histórico de un suceso con una infinidad de aristas e implicaciones.

Resultados

El personaje heroico se muestra como un personaje diferenciado desde el inicio de su historia; previamente al evento que lo convertirá en el protagonista de la historia nacional, ya habrá elementos que lo sitúan por encima de sus pares. Lo que generalmente lo distingue siempre es su interés por los otros, su autoridad y su carácter proactivo, pues los demás detalles de su carácter siempre quedan al margen de su heroicidad. Si “fue marido y padre modelo, o si tuvo amores con todo un coro de segundas tiples y tenía por lema para la educación de sus hijos el de ‘la letra con sangre entra’, son cuestiones que no nos importan” (Ibargüengoitia, 1990, p. 23).

Puesto que la mitificación del héroe consiste en la reconstrucción de su personalidad y en la fabricación de una trayectoria de vida impecable, retomamos estos dos elementos para analizar la manera en la que se desmitifica al caudillo revolucionario en *Los relámpagos de agosto*. De tal forma que nuestro análisis parte, en un primer momento, de la revisión “biográfica” del personaje para determinar la caracterización de la naturaleza heroica del personaje; y, en un segundo momento, de las funciones que desempeña no solo como protagonista del movimiento sino como reconstructor del orden social en el México posrevolucionario.

La naturaleza heroica

El protagonista de *Los relámpagos de agosto*, José Guadalupe Arroyo, no quiere ahondar en su primera infancia, argumentando que “a nadie le importa en dónde nació, ni quienes fueron mis padres, ni cuántos años estudié, ni por qué razón me nombraron Secretario Particular de la Presidencia” (Ibargüengoitia, 2002, p. 11). No obstante, señala que “no nació

en un petate, como dice Artajo, ni mi madre fue prostituta, como lo han insinuado algunos, ni es verdad que nunca haya pisado una escuela, puesto que terminé la Primaria hasta con elogio de los maestros” (Ibargüengoitia, 2002, p. 11). Con esta explicación, Arroyo pretende acallar las voces que proclaman su ascendencia deshonorosa. De esta forma, el personaje se compara con un antihéroe, que intenta ocultar su pasado marginal, producto de una familia disfuncional, pobre y sin formación académica.

Arroyo cuenta, en el prólogo de la novela, que se siente calumniado por quienes en algún momento fueron sus aliados. La intención de escribir un texto con sus memorias tiene como finalidad confirmar su postura revolucionaria y clarificar las intenciones de sus acciones con miras a solucionar los malentendidos que han surgido a partir de las afirmaciones de otros caudillos. Así, pues, desde el mismo texto, se plantea que *Los relámpagos de agosto* es la forma en que Arroyo responde a las Memorias de Artajo, a los señalamientos de Vidal Sánchez y a las calumnias de Trenza

Ibargüengoitia juega con las situaciones que han ocurrido en la historia: los cambios de bandos, los manejos de acontecimientos, las diferentes versiones de un mismo hecho. Margarito (2012) ha observado que este recurso narrativo le permite a Ibargüengoitia presentar dos perspectivas de un mismo personaje en la novela: la ajena —que responde a los intereses y puntos de vista de quienes fueron sus compañeros de lucha— y la propia — que pretende sublimar sus cualidades y justificar sus acciones. A pesar de que se exponen dos posicionamientos distintos respecto a los acontecimientos ocurridos, Ibargüengoitia no los presenta como versiones contrarias, sino como relatos complementarios que le permiten construir a un protagonista complejo, ajeno al mito del héroe monolítico.

En tres situaciones que consideramos clave, *Los relámpagos de agosto* nos presenta las dos versiones de la historia para revelar un héroe revolucionario desmitificado y observar cómo esta novela se aleja de esa visión de “la Revolución como un *western*, con malos y buenos, triunfadores y vencidos y en donde la virtud se impone al final” (Ibargüengoitia, 1990, p. 52).

La primera de estas anécdotas se refiere a la reunión de Arroyo con Artajo y Trenza en un bar llamado *La Ópera*. Las dos versiones admiten que, ante la conformación de dos partidos políticos, Artajo, Trenza y Arroyo olvidan sus diferencias y se juntan en La Ópera

donde acuerdan apoyar a Valdivia. La reunión finaliza con un abrazo, del cual los personajes tienen distintas explicaciones: de acuerdo con Artajo, Arroyo los abraza porque está borracho; Arroyo, por su parte, afirma que los tres se abrazan para sellar el pacto que acaban de realizar. Aunque la diferencia de ambas historias no refiere a una acción en específico, sino a la motivación de dicha acción, esto representa un cambio cualitativo importante en la personificación del caudillo. Mientras que Arroyo se muestra como una pieza clave del ámbito militar y político, a quien se le debe pedir apoyo; Artajo lo evidencia como un sujeto manipulable gracias a su afición la bebida.

Al respecto, si bien Arroyo niega su embriaguez después de esta reunión en específico, durante la novela se narran varios episodios donde el mismo protagonista admite su constante abuso del alcohol: *a*) “Eso sí, la champaña ha sido siempre una de mis debilidades” (Ibargüengoitia, 2002, p. 13); *b*) “Como es fácil de comprender, esa noche no pude dormir, a pesar de la botella de Martell que me tomé para apaciguarme un poco” (Ibargüengoitia, 2002, p. 37), y *c*) “Los mozos ocultaron las setenta y dos cajas de aperitivos, cordiales, espumosos, digestivos y estimulantes que estaban destinados al consumo de los invitados” (Ibargüengoitia, 2002, p. 70).

Además de su debilidad por las bebidas embriagantes, las anécdotas de Arroyo también revelan que, como afirman sus detractores, es fácilmente manipulado. Sus decisiones demuestran con frecuencia una falta de visión y aprensión; incluso, él mismo acepta diversos errores de su parte:

Se descubrió que si bien Melitón Anguiano había sido un fantoche y Pérez H. era un fantoche, yo también era un fantoche. Todos manejados, por supuesto, por el despótico y marrullero Vidal Sánchez.

(...) Nunca se nos ocurrió que si nosotros habíamos pasado dos horas pensando cómo eliminar gente, Vidal Sánchez llevaba seis meses en las mismas.

(...) Y todos fuimos, consumando así una de las ‘metidas de pata’ más notables de la Historia Política de México (Ibargüengoitia, 2002, pp. 43, 57 y 61)

Los errores cometidos podrían contraponerse con el carácter heroico que el protagonista pretende exponer de sí mismo. Por esta razón, el personaje se esconde, en la medida de lo posible, en la multitud, con lo cual aminora su responsabilidad en los actos, y

los convierte en fallas de la colectividad, no propiamente en descuidos suyos. Los errores que son por completo individuales —como golpear a Pérez H., justo antes de ser nombrado presidente interino, o mandar fusilar a un español por insultarlo y aventarle comida—, son calificados por Arroyo como una “racha de desventuras” (Ibargüengoitia, 2002, p. 43), cuya única culpable es la “pérfida y caprichosa fortuna” (Ibargüengoitia, 2002, p. 27).

Un segundo hecho que nos ayuda a conformar la caracterización de Arroyo es el asentamiento de su brigada en Santa Ana. Germán Trenza afirma que la propuesta de estacionar la brigada ahí fue “sólo un pretexto para pasar unos días con Ellen Goo” (Ibargüengoitia, 2002, p. 111); Arroyo califica esta declaración como una “verdadera infamia”, aunque admite que no existía una razón para haberse instalado en Santa Ana y que “de todas las diferentes maneras de disponer de nuestro efectivo, ésta era evidentemente la más torpe” (Ibargüengoitia, 2002, p. 111).

Las relaciones de los caudillos con varias mujeres es un hecho conocido, por lo que, en *Los relámpagos de agosto*, el protagonista no es el único revolucionario que tiene problemas con ellas. Por ejemplo, en el velorio de Marcos González se presentaron “cuatro enlutadas y cuando menos una docena de vástagos no reconocidos (a los que por cierto se atribuyó después la desaparición de la cuchillería y el cristal veneciano)” (Ibargüengoitia, 2002, p. 21).

Siendo una práctica común entre los insurgentes, sus encuentros con mujeres no deberían representar un problema para Arroyo. Sin embargo, las implicaciones que tienen sus aventuras amorosas en la historia, lejos de presentarlo como un hombre viril, muestran aspectos negativos de su personalidad, que forman parte importante de su mala reputación y lo van guiando hacia su derrota. La estadía de mil hombres en Santa Ana ocasiona que se pierda tiempo vital para el combate, lo cual lleva a que avancen las tropas enemigas, pierdan una batalla, corten comunicación con Trenza y a que se pierda, finalmente, en la oscuridad, a un batallón completo debido a la premura de la salida. De este modo, la decisión de Arroyo se manifiesta como una disposición egoísta que se contrapone al espíritu heroico de humildad y sacrificio, lo que descubre a un hombre que antepone las necesidades mundanas a los ideales de la lucha y que ocasiona grandes pérdidas para sus aliados.

La tercera situación que nos permite caracterizar al protagonista de *Los relámpagos de agosto* es su encuentro con Macedonio Gálvez en el tren de Juárez rumbo a México. El relato de la novela inicia cuando Arroyo recibe una carta del presidente electo, Marcos González, donde lo nombra Secretario Particular de la Presidencia de la República y le pide que se traslade a México lo antes posible. Por esta razón, el protagonista toma el tren hacia la capital y, durante este viaje, tropieza con Macedonio Gálvez, un general que había sido desterrado por González. En este primer encuentro entre estos dos personajes, Arroyo tiene una buena posición, mientras Gálvez es un fugitivo; debido a su condición política y económica, Gálvez le pide dos cosas a su antiguo compañero: que guarde en secreto su regreso a México y un préstamo de trescientos pesos.

Pese a que Arroyo afirma que “siempre me he distinguido por mi carácter bonachón, mi lealtad para con mis amigos, y mi generosidad hacia las personas que están en desgracia” (Ibargüengoitia, 2002, p. 14), no accede a ninguna de las dos peticiones de Gálvez: no le da el dinero porque considera el préstamo como un abuso a su buena disposición, aunque lo invita a comer para compensarlo; y lo delata porque le roba la pistola después de comer. De este modo, esta escena revela a dos revolucionarios poco honorables: Arroyo falta a su palabra como respuesta al coraje, mientras Gálvez aprovecha la primera oportunidad para saquear a su compañero de armas. Del mismo modo, como hemos observado que Arroyo expone una versión de los hechos, donde omite, niega u oculta sus fallas, también Gálvez cuenta una historia distinta que cubre su robo en el encuentro del tren: “tú me invitaste a comer y me regalaste tu pistola para que yo la empeñara” (Ibargüengoitia, 2002, p. 127).

La novela finaliza con un segundo encuentro entre Gálvez y Arroyo. En esta ocasión, los papeles se han invertido y ahora es Arroyo quien se halla al margen de la justicia y Gálvez en una posición de poder: Arroyo ha sido acusado y condenado de lo siguiente:

De traidor a la Patria, de violador de la Constitución, de abuso de confianza, de facultades y poderes, de homicida, de perjurio, de fraude, de pervertidor de menores, de contrabandista, de tratante de blancas y hasta de fanático catolizante y cristero” (Ibargüengoitia, 2002, pp. 125-126)

Gálvez, en cambio, es el Comandante Jefe de la Guarnición de la Plaza del Cuartel de San Pedro. Ahora bien, la inversión de los roles de estos personajes no solo consiste en su posición

jerárquica, sino también en las acciones que realizan: Arroyo, al inicio de la obra, telegrafía a la guarnición de la plaza X para que detengan y fusilen a Gálvez para vengar el robo de su pistola; en el final, el tribunal pone a Arroyo a disposición de Gálvez, quien lo perdona en agradecimiento a la pistola y la comida del tren.

Es interesante este cambio en los roles de los personajes porque refleja una tendencia común en la lucha revolucionaria: la alternancia de los insurgentes en uno u otro bando dependiendo del momento político, así como la inestabilidad social y gubernamental de la segunda y tercera década del siglo XX. Esta crítica a las inconsistencias entre las alianzas y los antagonismos de los caudillos revolucionarios también aparece en *Instrucciones para vivir en México* (Ibargüengoitia, 1990). En esta obra, respecto a Zapata, el autor comenta lo siguiente:

Lo que cuesta más trabajo explicar es cómo, siendo bueno, luchó en contra de Madero, que también era bueno, y de Carranza, que también lo fue; y cómo siendo bueno, murió a consecuencia de una intriga en la que, todo parece indicar, metió las manos don Pablo, otro buenazo, que años antes había combatido al archivillano irredento de la Revolución, Victoriano Huerta (Ibargüengoitia, 1990, p. 52).

Si bien el cambio de posición de Arroyo y Gálvez resulta evidente por el hecho de que se presentan las posiciones de partida y de inversión en el primer y en el último capítulo, respectivamente, en toda la novela se observa un movimiento paulatino en las relaciones y las posturas de los insurgentes. De hecho, los personajes que se presentan como los actuales calumniadores de Arroyo comenzaron como sus aliados en la lucha armada. Estos cambios que ocurren a lo largo de la historia nos permiten observar las funciones que adquiere José Guadalupe Arroyo como general revolucionario, tal y como lo comentaremos a continuación.

Las funciones del héroe revolucionario

El protagonista de *Los relámpagos de agosto* se presenta así mismo como un caudillo memorable del movimiento revolucionario. No obstante, el relato revela su mediocridad y no lo expone como un oportunista lleno de imperfecciones, con carencias y pasiones mundanas. Esto le impide llevar a cabo la función mesiánica y la simbólica que como héroe le corresponde (Siemens, 1997).

La función simbólica

La historia inicia en un momento de tranquilidad: Arroyo vive en paz alejado de la vida política y de las guerras al lado de su esposa Matilde, cuando es convocado para formar parte del gabinete del presidente. En este momento, asume su papel de “hijo predilecto de la patria” y, en una descripción idílica pero irónica, deja atrás su vida de comodidad para responder al llamado del deber social y del servicio a su país. Sin embargo, su asignación como uno de los responsables del rumbo del país termina antes de comenzar porque el presidente electo es asesinado. Entonces, inicia su búsqueda de un puesto dentro de la política mexicana, y se expone como un arribista en busca de su beneficio propio.

Arroyo pretende que demostrar que es un “hombre moral” y un “militar revolucionario íntegro”. No obstante, en el relato estas dos características de su personalidad se ponen a prueba una y otra vez, y cada vez demuestran ser solo una sátira de la realidad que atraviesa el país. Así, pues, el protagonista de la historia se convierte en un símbolo de doble moral y en un militar acomodaticio. La doble moral se observa en la benevolencia con la que justifica sus actos y palabras, así como en la manera en que procura culpar a otros de sus errores. Cuando no existe una forma de incriminar a alguien más, se escuda en la mala suerte o en el destino adverso; incluso, llega a excusarse diciendo que seguía sus propios “principios inviolables”.

Las acciones de los otros son calificadas como actos impropios, fechorías, bajezas. Esta situación se evidencia en la narración de las soluciones propuestas por los personajes para escapar del sitio:

- Arroyo afirma: “si queríamos seguir con vida, lo mejor sería romper el sitio, como acababa yo de expresarlo con tanta oportunidad” (Ibargüengoitia, 1990 p. 67).
- “Canalejo, que no era nada práctico, [por otra parte] propuso que siguiéramos hasta Acapulco y de allí, por barco, hasta Manzanillo” (Ibargüengoitia, 1990, p. 68).
- “¡Vámonos a la frontera! —dijo Valdivia. Esta frase debió darnos una idea del gran tamaño de su cobardía” (Ibargüengoitia, 2002, p. 68).
- “Alguien propuso esperar a que anoheciera” (Ibargüengoitia, 1990, p. 68), pero Arroyo contestó: “Si esperamos, el anoecer nos va a encontrar bien tiesos” (Ibargüengoitia, 1990, p. 68)

Este relato revela el diferente tono discursivo empleado por Arroyo según la persona a la que se refiere: “Él siempre es la voz de la razón y los otros son, en mayor o menor medida, personajes que actúan por instinto, sin pensar o meditarlo bien” (Margarito, 2012). Esta anécdota nos permite observar en su plenitud la lógica de Arroyo. El protagonista se presenta como un militar impulsivo que no es capaz de visualizar la situación con propiedad. De hecho, Arroyo piensa que han sido sitiados porque descubre que el teléfono no tiene línea; sin embargo, en un giro propio de la fina ironía de Ibarguengoitia, descubrimos que el aparato simplemente estaba descompuesto.

Las acciones y decisiones que toma Arroyo tienen dos intereses fundamentales. El primero es el propio de los caudillos revolucionarios que buscaban beneficiarse de la lucha armada, esto es, alcanzar un nombramiento político. El segundo es más mundano y muestra de una personalidad sin visión a futuro, a saber, satisfacer necesidades inmediatas sin reflexionar las posibles problemáticas que puedan surgir.

De este modo, se aleja de la función heroica al anteponer su conveniencia por encima del bienestar común de la patria o la búsqueda por la verdad: “Después estuvimos discutiendo lo que cada quien iba a decir y hacer al día siguiente y luego nuestro programa político, que consistía en una campaña de difamación de los partidos socialistas” (Ibarguengoitia, 1990, p. 63). Así, Ibarguengoitia nos presenta un caudillo revolucionario que toma decisiones unilaterales, guiado por la codicia, sin un compromiso por el pueblo y sin una idea clara de su intervención en la política nacional y en las batallas posteriores.

La función mesiánica

La función mesiánica surge a partir de un momento de ruptura que exige la acción del héroe. En el caso de la novela que nos ocupa, el suceso que cambia el rumbo de la aparente tranquilidad es el asesinato del presidente electo. A partir de ese momento se establecen bandos y se desarrollan acciones que vuelven a movilizar a los caudillos para estabilizar la crisis y mantener su posición en el poder. La primera reunión entre los generales revolucionarios se lleva a cabo durante los mismos funerales de Marcos González, con el propósito de evitar un caos político que ponga en riesgo las ganancias y posicionamientos obtenidos hasta e momento.

El discurso de los revolucionarios en esta primera junta de acuerdos procura mantener la dignidad propia de la función mesiánica del insurgente revolucionario. Esto se evidencia en una dicotomía muy interesante que nos propone el autor. Por una parte, los caudillos manifiestan que solo ellos tienen la capacidad de guiar a la nación “hacia los elevados postulados de la Revolución Mexicana” (Ibargüengoitia, 2002, p. 25); por otra parte, sus enredos e intereses provocan todas las situaciones y peripecias que ocurren durante la historia. De este modo, el héroe redentor se transforma en un oportunista que utiliza las leyes e instituciones para mantenerse en el poder y oprimir a quien se oponga:

En resumidas cuentas, que todo podía arreglarse por la buenas. Acabó haciendo unas consideraciones que nos dejamos a todos muy impresionados: ¿Quién decide que es Presidente? El anterior. ¿Quién es el anterior? El Interino. ¿Quién nombra al Interino? La Cámara. ¿Quién domina la Cámara? Vidal Sánchez. Entonces, es muy fácil. Basta con arreglar con Vidal Sánchez un interinato para Artejo, quien a su vez arreglará una elección con mayoría aplastante para un servidor de ustedes (Ibargüengoitia, 2002, p. 25).

El caso del protagonista de la novela es todavía más trascendental para la desmitificación del héroe. Arroyo no solo falla en su misión de restablecer el orden como le correspondería al héroe salvador, sino que él mismo ocasiona el caos, tanto para sí como para los otros. Uno de los ejemplos más claros de cómo las acciones de Arroyo son gestoras de conflictos y no de soluciones, es la situación del reloj que le heredó el difunto Marcos González:

1. Cuando la viuda le informa del robo del reloj, le pide que deje las cosas como están porque no quería escándalo; no obstante, busca al culpable, lo interroga y, para finalizar, lo golpea impelido por “la desfachatez, el cinismo y la cobardía” de Pérez H. para negar el robo. Este exabrupto le ocasiona la mala voluntad de quien sería nombrado presidente interino.

2. Sus compañeros quieren restaurar la paz entre Arroyo y Pérez H., para lo cual le piden a Arroyo que se disculpe. Su negativa provoca una primera ruptura con los miembros de su grupo político.

3. Después de que se entera que acusó injustamente a Pérez H., en un momento de borrachera, considera la posibilidad de disculparse, pero estos nobles sentimientos se disipan en cuanto escucha que Vidal Sánchez lo quiere ver: prefiere aliarse con quien hasta entonces había visto como a un antagonista, que disculparse. En la reunión con Vidal Sánchez, Arroyo obtiene el puesto de Jefe de la Zona Militar de Viera, el cual posteriormente le traería problemas y le llevaría a arriesgar su vida y la de varios batallones.

Una de las características propias del héroe salvador es su entrega absoluta que culmina con una muerte trágica que lo transforma en un mártir y un mito de una causa (Eliade, 1991). Debido a esto, la desmitificación de José Guadalupe Arroyo como héroe revolucionario tiene como momento clave el final de la novela: en lugar de asumir la función de *salvador* se convierte en el *salvado*, con lo cual desciende al nivel de la persona común y, en contraparte, se enaltece a Gálvez, quien perdona la condena del protagonista de la historia. Durante toda la novela, Arroyo comete errores que revelan el descenso del personaje; por esta razón, su captura y su juicio se muestran como una consecuencia lógica de sus actos en la narración. Así, todos los errores de Arroyo que se mencionan durante el juicio sirven de sustento para su condena a muerte.

Muchos de los héroes históricos de México fueron fusilados. Este destino final les otorga una cierta dignidad de sacrificio a sus muertes; por esto, hay leyendas y mitos en torno del fusilamiento de algunos de ellos. Arroyo es sentenciado al paredón víctima de Pérez H. y de Vidal Sánchez; sin embargo, el protagonista no muere, sino que es rescatado por Gálvez. Su redención heroica no llega a concretarse, dado que esa muerte trágica que le daría el estatus de mártir revolucionario no se concreta. De esta forma, el final de *Los relámpagos de agosto* vuelve a colocarlo como un antihéroe y lo despoja de toda pretensión mesiánica. Para resaltar la bajeza de la indignidad de la situación de Arroyo en el final de la novela, Ibarguengoitia utiliza un tono que pretende ser elevado, de manera semejante a las narraciones de la picaresca.

Los héroes que han alcanzado la dignidad de ser denominados “padres de la patria” se caracterizan por sacrificar su vida para obtener el bienestar de sus compatriotas, de tal manera que se convierten en mártires de algún movimiento histórico (Connaughton, 2003). En contraparte, un antihéroe siempre se presenta como un personaje marginal, que no ha

dejado una huella importante para la sociedad, sino que, por el contrario, trata de aprovecharse de las situaciones mostrando pocos valores morales.

Conclusiones

El caudillo revolucionado que nos muestra *Los relámpagos de agosto* está envuelto en un proceso de desmitificación que metafóricamente lo sitúa en un espiral descendente. De este modo, el héroe es transformado en un antihéroe mediante un relato lleno de humor que poco a poco nos muestra las debilidades de su protagonista. Así, Arroyo, con su propio relato, se convierte en una parodia de sí mismo que, para afirmar su entereza, niega rotundamente haber ayudado en algún momento a quien le está perdonando la vida y reitera que Gálvez le robó su pistola y que él hizo todo lo posible para que lo arrestaran y lo pasaran por las armas. Es más, si no lo negó en el momento en que Gálvez lo liberaba fue porque no estaba con aliento para contradecirlo.

Los relámpagos de agosto desmitifica al héroe revolucionario mediante la figura de José Guadalupe Arroyo. Así, con su agudeza y humor característico, Ibargüengoitia nos expone su propia visión crítica de la reconstrucción nacional en el México posrevolucionario, donde los ideales de la lucha armada eran solo gritos lejanos y frases hechas que se repetían sin un significado propio. Esta novela expone un relato donde se satirizan los altibajos y las acciones de los caudillos que olvidaron las promesas de la Revolución para fortalecer una institucionalización del poder gubernamental que no propone ningún cambio ni beneficios para el pueblo.

Los héroes de personalidades immaculadas son solo símbolos para venerar en fechas determinadas. Desde la perspectiva de Ibargüengoitia, los personajes reales son más complejos e interesantes. Por esto, *Los relámpagos de agosto* presenta un caudillo con problemáticas, debilidades, intereses y debilidades humana, con la finalidad de devolverle al héroe revolucionario su carácter mundano y desmitificarlo. Arroyo no es un salvador ni alguien que lucha por su país ni siquiera un buen estratega, por lo que no podrá convertirse en el personaje que simbolice algún ideal nacional.

La correlación entre las personalidades cívicas y las religiosas se pierde en la obra de Ibargüengoitia. La historia oficial pretende presentar a los héroes con características morales

cercanas a la virtud o la santidad. Por el contrario, *Los relámpagos de agosto* nos presentan personajes vivos con una personalidad compleja que protagonizan historias con muchos ángulos y variaciones.

Referencias

- Carlyle, T. (2012). *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia*. México: Porrúa.
- Carrera, G. (2003). Del heroísmo como posibilidad al héroe nacional-padre de la patria. En Chust, M. y Mínguez V. (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)* (pp. 31-48). Valencia, España: Universitat de València.
- Connaughton, B. (2003). Sangre de mártir y ciudadanía. Del héroe magnánimo al espíritu cívico (Veracruz, 1837-1853). En Chust, M. y Mínguez V. (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)* (pp. 115-131). Valencia, España: Universitat de València.
- Eliade, M. (1991). *Mito y realidad*. Barcelona, España: Labor.
- Ibargüengoitia, J. (1990). *Instrucciones para vivir en México*. México: Joaquín Mortiz.
- Ibargüengoitia, J. (2002). *Los relámpagos de agosto*. México: Joaquín Mortiz.
- Krauze, E. (2010). *De héroes y mitos*. México: Tusquets editores.
- Margarito, M. (2012). La desmitificación del héroe histórico en la obra de Ibargüengoitia. *Études romanes de Brno*, 33(2), 97-109.
- Rank, O. (1993). *El mito del nacimiento del héroe*. México: Paidós Studio.
- Reyero, C. (2003). ¡Salvemos el cadáver! Inmortalidad y contingencia del héroe en la plástica española del siglo XIX. En Chust, M. y Mínguez V. (eds.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)* (pp. 175-187). Valencia, España: Universitat de València.
- Siemens, W. L. (1997). *Mundos que renacen. El héroe en la novela hispanoamericana moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zamora, V. A. (1962). *Qué es la novela picaresca*. Buenos Aires, Argentina: Columba.